

era habitaria, y la arreglé tal como se halla hoy. Desde las ventanas del salon se distingue en primer termino lo que los ingleses llaman *pleasure ground*, especie de ante-escena, formada de un campo de césped y de un espeso bosque. Mas allá de este panorama hay otro terreno, separado del campo por una tapia blanqueada, en que se cultivan forrajes para el alimento de las caballerías de la enfermería. Tras de este campo hay otro, dividido tambien por una tapia, con claraboyas cubiertas de verdura entrelazada de rosas de Bengala, y en él un bosquecito, un prado y una calle de álamos blancos. Este sitio es en extremo solitario, y lejos de sonreirme como el rincón de Horacio, *angulus ridet*, me ha hecho llorar algunas veces. Los árboles son de mil clases diversas. Yo he plantado veinte y tres cedros de Salomon y dos encinas drúidicas que se burlan de la breve duración de su dueño: *Brevem dominum*. Una doble calle de castaños conduce desde el jardín superior al jardín inferior, y en el campo intermedio es muy rápido el declive del terreno.

Estos árboles no han sido escogidos por mí; como en *Valée aux Loups* en memoria de los lugares que he recorrido. Quien se complace en sus recuerdos, conserva esperanzas. Pero cuando no se tiene ni un hijo, ni juventud, ni patria, ¿qué gusto puede tenerse por los árboles, cuyas hojas, cuyas flores y cuyos frutos no son ya las cifras misteriosas que se emplean en contar las épocas de ilusión? En vano se me dice: «Os rejuveneceis:» ¿Se cree acaso hacerme tomar por mis muelas de leche mi muela del juicio? Pero ni aun esta no me ha salido sino para comer un pan amargo, bajo el reinado del 7 de agosto. Por lo demás, mis árboles no se cuidan si sirven de calendario á mis placeres, ó de partida mortuoria á mis años, y crecen diariamente á medida que yo decaigo, y se casan con los del cercado de los Expositos y los del boulevard del Infierno, que me rodea. No distingo ni siquiera una casa; á doscientas leguas de París estaria menos separado del mundo. Oigo balar á las cabras que amaman tan á los niños expositos. ¡Ah! Si yo hubiese estado como ellos en los brazos de San Vicente de Paul, hijo de una debilidad, oscuro y desconocido como ellos, yo seria hoy algun obrero sin nombre, sin tener nada que arreglar con la humanidad, y sin saber por qué ni cómo habia venido á la vida, ni cómo ni por qué habria de salir de ella.

El derribo de una pared me ha puesto en comunicacion con la enfermería de María Teresa, y me halló á la vez en un monasterio, en una granja, en un vergel y en un parque. Por la mañana me despierto al toque del Ave-Maria; desde mi lecho oigo el canto de los sacerdotes en la capilla, y desde mi ventana distingo un calvario que se eleva entre un nogal y un cerezo: las vacas, los pollos, los palomos y las abejas andan por entre las lilas, los jazmines y las demás flores del jardín, por entre los rosales, los groseleros, las frambuesas y las legumbres de la huerta. Algunos de mis curas octogenarios se hallaron conmigo en el destierro: despues de haber unido mi miseria á la suya sobre la yerba de Reusington, he ofrecido á sus últimos pasos los céspedes de mi hospicio, y arrastran por ellos su vejez religiosa como los pliegues del velo del santuario.

Tengo por compañero á un gran gato gris, rojizo, de rayas transversales que nació en el Vaticano en la habitacion de Rafael. Leon XII le crió entre los pliegues de su manto, donde yo le habia visto con envidia cuando me daba audiencia en calidad de embajador. Por la muerte del sucesor de San Pedro yo neredé el gato sin dueño, como he dicho ya al hablar de mi embajada en Roma. Se llama Miceto y por sobrenombre el gato del papa. En realidad de tal, gozaba de una gran consideracion con las almas piadosas. Yo trato de hacerle olvidar el destierro, la capilla

sistina y el sol de la cúpula de Miguel Angel, sobre la cual se paseaba lejos de la tierra.

Mi casa y los diversos edificios de la enfermería, con su capilla y la sacristía gótica, se asemejan á una colonia ó á una aldea. En los días de ceremonia, la religion oculta en mi casa y la antigua monarquia en mi hospital, se ponen en marcha y procesiones compuestas de todos nuestros enfermos, precedidos por las jóvenes de la vecindad, pasan cantando por debajo de los árboles con el Santo Sacramento, la cruz y la bandera. Mad. de Chateaubriand sigue la procesion con el rosario en la mano, mostrándose orgullosa de su rebaño, objeto de su mas tierna solicitud. Los mirlos silban, los pajaros trinan y los ruiseñores compiten en su canto con los himnos religiosos. Me refiero aquí á las rogativas, cuya pompa campestre he descrito: de la teoría del cristianismo he pasado á la práctica.

Mi habitacion da al Occidente y por la tarde la cima de los árboles, iluminados por detrás, graba su sombra negra y desigual sobre un horizonte de oro. A esta hora recobro mi juventud, y ella renueva los días pasados que el tiempo ha reducido á la nada de las sombras. Cuando las constelaciones atraviesan su bóveda azul, me acuerdo del espléndido firmamento que admiraba en los bosques americanos ó en el seno del Océano. La noche es mas favorable que el día á los recuerdos del viajero; ella le oculta los paisajes que le recordarian los lugares que habita, y no le deja ver mas que los astros que tienen un aspecto semejante bajo las diferentes latitudes del mismo hemisferio. Entonces reconoce las estrellas que contemplaba en tal país ó en tal época; los pensamientos que tuvo; los sentimientos que experimentó en las diversas partes de la tierra suben al cielo y se fijan en el mismo punto de él.

Nosotros no oimos hablar del mundo mas que en las dos cuetaciones públicas, y un poco los domingos, en cuyos días nuestro hospicio se convierte en una especie de parroquia. La hermana superiora pretende que las bellas señoras vienen á la misa con la esperanza de verme, y economía industriosa pone á contribucion su curiosidad: con la promesa de que me verán, las atrae al laboratorio y una vez cogidas en el lazo, les cede de buen ó mal grado por el dinero algunos dulces. Ella se sirve de mí para la venta del chocolate elaborado en beneficio de sus enfermos, como me asociaba Lamartiniere al despacho del agua de grosellas que vendia para el buen éxito de los amores. La santa mujer toma tambien plumas viejas del tintero de Mad. de Chateaubriand, y las negocia entre los realistas puros, afirmando que estas plumas preciosas han escrito la soberbia memoria sobre el cautiverio de la señora duquesa de Berry.

Algunos buenos cuadros de la escuela española é italiana, una virgen de Guerin, y la *Santa Teresa*, última obra maestra del pintor de Corina, es todo lo que tenemos de las artes. Por lo que hace á la historia, muy pronto tendremos en el hospicio á la hermana del marqués de Favras y la hija de Mad. Roland; la monarquia y la república me han encargado de reparar su ingratitude y de alimentar á sus inválidos.

Hay mucho empeño por entrar en María Teresa. Las pobres mujeres á quienes se obliga á salir cuando han recobrado la salud, se alojan en las inmediaciones de la enfermería, con la esperanza de volver á caer malas y de entrar de nuevo en ella. Nada se echa de menos en el hospital: la judía; la protestante, la católica, la extranjera y la francesa reciben allí los cuidados de una delicada caridad, que parece afectuoso parentesco; cada una de las afligidas cree volver á ver á su madre en su asistenta. He visto á una española, bella como Dorotea, la *perla de Sevilla*, morir á los diez y seis años enferma del pecho, felici-

citándose de su dicha en haber hallado este asilo de consuelo, y mirando risueña con sus grandes ojos negros medio velados por la muerte, su rostro pálido y flaco á la señora delina, que le preguntaba por su salud y le aseguraba que muy pronto seria curada. Ella espiró aquella misma tarde, lejos de la mezquita de Córdoba y de las orillas del Guadalquivir, su rio natal.—¿De dónde eres?—Española.—Española y aquí! (*Lope de Vega*)

Muchas viudas de caballeros de San Luis son nuestras huéspedes, y traen consigo lo único que les queda, los retratos de sus maridos con uniforme de capitán de infantería. Estos retratos y estos uniformes se colocan en el granero. Yo no puedo ver sin reirme su regimiento: si la antigua monarquia subsistiese, yo aumentaría hoy el número de estos retratos, y consolaría en algun corredor solitario á mis sobrinitos. «Es vuestro segundo tío, Francisco, capitán del regimimiento de Navarra. Tenia mucho talento. En *El Mercurio* puso el logogrifo que comienza con estas palabras: *Volved á cortar mi cabeza*, y en el almanaque de las Musas la pieza fugitiva *El Grito del corazon*»

Cuando me cansan los jardines, me voy á la llanura de Montrouge. Yo he visto cambiar esta llanura; pero ¿qué no he visto yo cambiar? Hace veinte y cinco años que al ir á Mereville, al Marais y á *Valée aux Loups*, pasa a por la barrera del Maine, y no se distinguan á un lado y otro del camino mas que molinos, ruedas de guas, agujeros de canteras y la era de Cels, el antiguo amigo de Rousseau. Desnoyer fabricó despues sus salones de cien cubiertos para los soldados de la guardia imperial que venian á trincar allí entre cada batalla ganada y cada reino abatido. Algunas casitas se levantaron alrededor de los molinos desde la barrera del Maine hasta la del monte Parnaso. Mas arriba se hallaba el molino Jansenista, y por contraste la casita de Lauzun. Despues de construidas las casitas, se plantaron acacias, sombra de los pobres, como el agua de Seti es el vino de Champagne de los mendigos. Un teatrillo atrajo á la poblacion nómada de los comediantes y titiriteros, y se formó una calle empedrada, con cancioneros y gendarmes, Anfiones y Cécropes de la policia.

Mientras que los vivos se establecian, los muertos reclamaban su lugar. Se formó, pues, un cementerio, en cuyo recinto se comprendió un molino arruinado, y á él lleva la muerte todos los días el grano que ha recogido; una simple tapia lo separa de los bailes, de la música y del teatro: los ruidos de un momento, los matrimonios de una hora, los separan del silencio sin término, de la noche sin fin y de las bodas eternas.

Yo recorro con frecuencia este cementerio menos viejo que yo, en que los gusanos que roen á los muertos no han muerto aun, y leo los epitafios. ¡Cuántas mujeres de diez y seis á treinta años han sido presa de la tumba! ¡Felices ellas, que no han vivido mas que durante la juventud! La duquesa de Gevres, última gota de la sangre de Du Guesclin, esqueleto de otra edad, duerme en medio de los durmientes plebeyos.

En este nuevo destierro tengo ya antiguos amigos: en él reposa Mr. de Lemoine, secretario de Mr. de Montmorin, que me fue legado por Mad. de Beaumont. Cuando yo estaba en París, me hacia gozar todas las tardes la sencilla conversacion que tanto me gusta, si se une á la bondad del corazon y á la firmeza del carácter. Mi espíritu fatigado y enfermo descansaba con un espíritu sano y tranquilo. Yo he dejado las cenizas de la noble protectora de Mr. Lemoine á orillas del Tiber.

Los *bulevares* que rodean la enfermería comparten mis paseos con el cementerio; ya no medito, pues no teniendo porvenir, no tengo tampoco sueños. Extraños

á las nuevas generaciones, yo les parezco una momia desnuda y todo polvo; apenas estoy cubierto ahora de un pedazo de los días pasados que el tiempo roe, como el heraldo de armas cortaba la armadura de un mal caballero. Me gusta estar aislado y habitar á un tiro de fusil de la barrera, á la orilla de una carretera y dispuesto siempre á partir. Desde el pié de la columna miliaria miro pasar al correo, imagen mia, como de mi vida.

Cuando yo estaba en Roma en 1828 formé el proyecto de construir en París, al extremo de mi ermita, un invernadero, un museo y una casita de jardinero, todo con las economías de mi embajada y los fragmentos de antigüedades hallados en mis excavaciones de Torre Vergata. Mr. de Polignac subió al ministerio, yo sacrificué á las libertades de mi país una posicion que me agradaba, y vuelto á mi indigencia, vino á tierra mi plan: *Fortuna vitrea est*.

La mala costumbre de escribir ha hecho que emborrone el papel que tenia delante de mí. He tomado la pluma, ignorando lo que iba á decir y he formado esta descripcion una tercera parte mas larga de lo que debiera ser: si tengo tiempo la acortaré.

Debo pedir perdon á mis amigos por la amargura de algunos de mis pensamientos. No sé reirme mas que con los labios; tengo esplin, tristeza fisica, una verdadera enfermedad: cualquiera que haya leído estas memorias habrá visto cuál ha sido mi suerte. Yo estaba aun en el seno de mi madre cuando me asaltaron los tormentos. He errado de naufragio en naufragio; siento que pesa una maldicion sobre mi vida, y que es un peso demasiado grande para esta casa de cañas. Que las personas que amo no crean he renegado de ellas; que me excusen y dejen pasar mi fiebre; fuera de sus accesos, mi corazon es todo suyo.

Llegaba á este lugar de estas páginas descosidas, revueltas sobre mi mesa y arrebatadas por el viento que entra por las ventanas de mi cuarto abiertas, cuando me entregaron la carta y la nota siguiente de la señora duquesa de Berry. Vamos: entremos aun otra vez en la segunda parte de mi doble vida, la parte positiva.

«En la ciudadela de Blaye,  
«á 7 de mayo de 1855.

«Me ha causado mucho pesar la negativa del gobierno á dejarnos venir á mi lado, á pesar de haberse-lo pedido ya dos veces. De las muchas vejaciones que me ha hecho sufrir, esta es la mas penosa para mí. ¡Tenia tantas cosas que decir! ¡Tantos consejos que reclamar! Pero, pues que debo renunciar á veros, voy á intentar confiaros, por el único medio que me queda, la comision que queria daros y que espero desempeñareis, porque cuento absolutamente con vuestra adhesion hácia mí y vuestro afecto á mi hijo. Os encargo, pues, caballero, que tengais la bondad de ir á Praga y decir á mi familia que si hasta el día 25 de febrero me he negado á declarar mi matrimonio secreto, ha sido porque pensaba servir así mejor la causa de mi hijo y probar que una madre y una Borbon no temian exponer su vida. No pensaba publicar mi matrimonio hasta la mayor edad de mi hijo; pero las amenazas del gobierno y los tormentos morales llevados hasta su último extremo, me han obligado á hacer esta declaracion. Ignorando la época en que se me restituirá mi libertad despues de tantas esperanzas frustradas, tiempo es ya de dar á mi familia y á la Europa entera una explicacion que desvanezca todas las suposiciones injuriosas. Yo habria querido poderla dar antes: pero una incomunicacion rigorosa, y la imposibilidad de entenderme con las personas de fuera, me lo han

impedido hasta ahora. Direis, pues, á mi familia que estoy casada en Italia con el conde Héctor Luchessi Palli, de los príncipes de Campo-Franco.

»Os suplico, Sr. de Chateaubriand, que manifestéis á mis queridos hijos toda mi ternura por ellos. Decid á Enrique que cuento mas que nunca con todos sus esfuerzos para hacerse cada dia mas digno de la admiración y del amor de los franceses. Decid á Luisa cuán feliz sería en poder abrazarla, y que sus cartas han sido mi único consuelo. Rendid homenaje en mi nombre á los piés del rey, y ofreced mi tierna amistad á mi hermano y á mi buena hermana. Tened la bondad de comunicarme, adonde quiera que me halle, los votos de mis hijos y de mi familia. Encerrada en las murallas de Blaye, me

sirve de mucho consuelo el tener un intérprete como vos, que podeis contar siempre con mi afecto.

»MARÍA CAROLINA.»

»NOTA. Me ha causado mucha satisfacción la buena inteligencia que reina entre vos y el marqués de Latour-Maubourg, y la considero como muy favorable á los intereses de mi hijo.

»Podeis comunicar á la señora delfina esta carta. Asegurad á mi hermana que cuando me halle en libertad le enviaré al instante todos los papeles relativos á asuntos políticos. Todo mi deseo sería dirigirme á Praga en cuanto me hallase libre; pero los sufrimientos de toda clase que he experimentado han destruido



CHATEAUBRIAND VISITA Á LA DUQUESA DE SAINT-LEU.

de tal manera mi salud, que me veré obligada á detenerme algun tiempo en Italia para reponerme un poco y no asustar á mis pobres hijos. Estudiad el carácter de mi hijo, sus cualidades, sus inclinaciones y hasta sus defectos, y decid al rey, á la delfina y á mí lo que hay que corregir, que cambiar ó que perfeccionar en él haciendo tambien conocer á la Francia lo que debe esperar de su jóven rey.

»Por diversos conductos sé que el emperador de Rusia ha acogido muy bien las proposiciones del matrimonio de mi hijo con la princesa Olga. Mr. de Choulot os dará noticias mas exactas acerca de las personas que se hallan en Praga.

»Deseando continuar siendo francesa, os pido que

obtenais del rey me conserve mi título de princesa y mi nombre. La madre del rey de Cerdeña continúa llamándose princesa de Carignan, á pesar de haberse casado con Mr. de Moullar, á quien dió el título de príncipe. María Luisa, duquesa de Parma, ha conservado su título de emperatriz, sin embargo de haberse casado con el conde de Nieperg, y sigue siendo tutora de su hijo; sus demás hijos llevan el apellido de Nieperg.

»Os ruego salgais lo mas pronto posible para Praga, pues deseo vivamente que mi familia sepa todos estos detalles por vos.

»Deseo tambien que se ignore vuestro viaje, ó al menos que no se sepa que llevais una carta mia, á fin de

que no se descubra mi único medio de correspondencia, que es tan precioso, aunque muy raro. El conde Luchessi, mi marido, es descendiente de una de las cuatro familias mas antiguas de Sicilia, las únicas que quedan de los doce compañeros de Tancredo. Esta familia se ha distinguido siempre por su noble adhesión á la causa de sus reyes. El príncipe de Campo Franco, padre de Luchessi, era primer gentil-hombre de cámara de mi padre. El rey de Nápoles actual, que tenía una gran confianza en él, lo colocó cerca de su jóven hermano el virey de Sicilia. No os hablo de sus sentimientos, porque son enteramente conformes á los nuestros.

»Convencida de que el único medio de ser comprendida por los franceses es hablándoles el lenguaje del honor y haciéndoles ambicionar la gloria, yo habia tenido el pensamiento de señalar el principio del reinado de mi hijo por la reunion de la Bélgica á la Francia. El conde Luchessi fue encargado por mí de hacer las primeras indicaciones respecto á esto al rey de Holanda, asi como el príncipe de Orange, y contribuyó poderosamente á que fuesen bien acogidas. No he tenido la suerte de terminar este tratado, objeto de todos mis deseos; pero creo que tiene aun algunas probabilidades de éxito: antes de dejar á la Vandée di al mariscal Bourmont mis poderes para



LUIS NAPOLEON.

proseguir este negocio. Nadie mejor que él puede llevarlo á buen término, porque goza de mucha estimación en Holanda.

»En la incertidumbre de si podré escribir al marqués de Latour-Maubourg, tratad de verle antes de vuestra partida. Podeis decirle todo lo que creais conveniente, pero bajo el mas absoluto secreto. Convenid con él en la direccion que debe darse á los periódicos.

«M. C.»

#### REFLEXIONES Y RESOLUCION.

La lectura de estos documentos me conmovió mucho. La hija de tantos reyes, la mujer que habia descendido de tanta altura, despues de haber cerrado los oídos á mis consejos, tenía el noble valor de dirigirse á mí y de perdonarme que hubiese previsto el mal éxito de su empresa: su confianza, honrándome, me llegaba hasta el corazón. La princesa de Berry me habia juzgado bien: la naturaleza misma

de aquella empresa, que se lo habia hecho perder todo, no me alejaba de ella. Jugar un trono, la gloria, el porvenir, un gran destino, no es cosa vulgar: el mundo comprende que una princesa puede ser una madre heroica. Pero lo que es necesario entregar á la execración pública; de lo que no hay ejemplo en la historia, es el tormento impúdico infligido á una débil mujer, sola, privada de recursos, abrumada por todas las fuerzas de un gobierno conjurado contra ella, como si se tratase de vencer á una potencia formidable; es ver á los parientes entregando ellos mismos á su pariente á la risa de los lacayos, teniéndola por los cuatro miembros, á fin de que pariese en público, llamando á las autoridades del distrito, á los carceleros, á los espías, á los pasajeros, para que viesan salir al niño de las entrañas de su prisionera, lo mismo que si se hubiese llamado á la Francia á ver nacer á su rey. ¿Y qué madre? La madre del huérfano desterrado, á quien se ha usurpado el trono. ¿Se hallaría en los presidios una familia bastante mal nacida á quien se ocurriese el pensamiento de deshonorar á

uno de sus hijos tan ignominiosamente? ¿No hubiera sido más noble matar á la duquesa de Berry que hacerla sufrir tan tiránica humillación? Lo que ha habido de indulgencia en este infame asunto, pertenece al siglo; lo que ha habido de infamante, al gobierno.

La carta y la nota de la señora duquesa de Berry son notables en mas de un punto: la parte relativa á la reunion de la Bélgica y al matrimonio de Enrique V demuestra una cabeza capaz de cosas serias; la parte concerniente á la familia de Praga es tierna y penetrante. La princesa teme hallarse obligada á detenerse en Italia para reponerse un poco y no asustar con su mudanza á sus pobres hijos. Nada más triste ni más doloroso. Añade además: *Os suplico, Sr. de Chateaubriand que expreséis á mis hijos toda mi ternura por ellos, etc. etc.*

Si: iré á desempeñar la última y la más gloriosa de mis embajadas; iré de parte de la prisionera de Blaye al encuentro de la prisionera del Temple; iré á negociar un nuevo pacto de familia, á llevar los abrazos de una madre cautiva á sus hijos desterrados, y á presentar las cartas con que el valor y la desgracia me acreditan cerca de la inocencia y de la virtud.

SALIDA DE PARÍS.—CARRUAJE DE CAMINO DE MR. DE TALLEYRAND.—BASILEA.—DIARIO DE PARÍS Á PRAGA, DESDE EL 14 AL 24 DE MAYO DE 1833, ESCRITO CON LAPIZ EN EL CARRUAJE Y DESPUES CON TINTA EN LAS POSADAS.

A la carta de la princesa se hallaban unidos otra carta para la señora delina y un billete para los dos niños.

De mis grandezas pasadas conservaba un cupé, con el que brillaba en otro tiempo en la corte de Jorge VI, y un carruaje de viaje construido al uso del príncipe de Talleirand. Hice habilitar este, á fin de que pudiese resistir el viaje, porque su origen y su forma era poco á propósito para correr tras de los reyes caídos, y á las ocho y media de la tarde del 14 de mayo, aniversario del asesinato de Enrique IV, salí de París para ir al encuentro de Enrique V, niño, huérfano y proscripto.

No dejaba de causarme alguna inquietud el estado de mi pasaporte. Expedido por el ministerio de Negocios Extranjeros doce meses hacia, no tenía dirección; dado para la Suiza y para la Italia, me había servido para salir de Francia y entrar en ella, y diferentes referidos manifestaban estas diversas circunstancias. No quise hacerle referir para el punto de mi viaje, ni pedir uno nuevo. Todas las policías hubieran sido advertidas, todos los telégrafos se habrían puesto en juego, y habrían registrado en las aduanas, no solo mi equipaje, no solo mi carruaje, sino hasta mi persona. Si mis papeles hubiesen sido cogidos, habría habido pretextos para persecuciones, para visitas domiciliarias, para arrestos, y hasta se hubiera prolongado el cautiverio real, probándose que la princesa tenía medios secretos de comunicación con el exterior. Me era pues imposible descubrir mi viaje pidiendo un pasaporte, y por lo tanto me confié á la suerte.

Evitando el camino demasiado frecuentado de Francfort y el de Estrasburgo, que pasa por la línea telegráfica, tomé el camino de Basilea con Jacinto Pilorgue, mi secretario, y Bautista, mi ayuda de cámara cuando yo era señor, y convertido en simple criado á la caída de mi señoría. Mi cocinero, el famoso Monmirail, se retiró á mi salida del ministerio, declarando que no volvería á los negocios sino conmigo. Bajo la restauración se había decidido sabiamente por el introductor de embajadores, sabiendo que todo embajador volvía á la vida privada; Bautista había vuelto al servicio doméstico.

Al llegar á Altkirch, última parada de la frontera, se me presentó un gendarme pidiéndome el pasaporte, y después de leer mi nombre me dijo que había hecho bajo las órdenes de mi sobrino Cristian, capitán de dragones de la guardia, la campaña de 1823. Entre Altkirch y San Luis encontré á un cura y sus feligreses que hacían una batida contra los cigarrones, plaga que se había multiplicado mucho desde la revolución de julio. En San Luis, los empleados de la aduana, que me conocían, me dejaron pasar sin ninguna formalidad. Llegué muy alegre á la puerta de Basilea, donde me esperaba el viejo tambor mayor que en el mes de agosto anterior me había infligido un *bedit garandaine l' un quart d' hire*; pero no había ya motivos de cólera, y fui á apear me en los Tres Reyes, á orillas del Rhin. Esto sucedía el 17 de mayo á las diez de la mañana.

El amo de la fonda me proporcionó un criado, llamado Schwartz, natural de Basilea, á fin de que me sirviese de intérprete en Bohemia. Hablaba el alemán como mi buen José el griego en Messania al preguntar por las ruinas de Esparta.

El mismo día 17 de mayo, á las seis de la tarde, salí de Basilea. Al subir en mi carruaje me quedé admirado de ver al gendarme de Altkirch en medio de la multitud, y pensé si habría sido despachado en mi seguimiento; pero no había venido más que á escoltar el correo de Franeia. Le hablé algunas palabras para informarme del objeto de su viaje, y, sabido, le dí para que bebiese á la salud de su antiguo capitán.

Un estudiante se me acercó y me echó un papel con el sobre: *Al Virgilio del siglo XIX*, en el cual se leía este pasaje alterado de la Eneida: *Macte animo, generose puer*. El postillon agitó el látigo, y yo partí enorgullecido de mi alta fama en Basilea, admirado de oírme llama Virgilio, encantado de ser niño, *generose puer*.

RIBERAS DEL RHIN.—SALTO DEL RHIN.—MOSKIRCH.—TEMPESTAD.

Atravesé el puente, dejando á los ciudadanos de Basilea en guerra en medio de su república, y desempeñando á su modo el papel que están llamados á representar en la transformación general de la sociedad. Subí la margen derecha del Rhin, y miré con cierta tristeza las altas colinas del canton de Basilea. El destierro que había venido á buscar en los Alpes el año anterior me parecía un término de la vida más feliz, una suerte más agradable que los negocios políticos en que había vuelto á entrar. ¿Abriaba yo la más pequeña esperanza favorable á la suerte de la señora duquesa de Berry y de su hijo? No: estaba además convencido de que, á pesar de mis recientes servicios, no hallaría amigos en Praga. Cualquiera que haya prestado juramento á Luis Felipe, con tal que alabe las ordenanzas, debe ser más agradable á Carlos X que yo, que no he sido perjuro. Es demasiado para con un rey tener dos veces razón, y ellos prefieren la traición halagüeña á la adhesión severa. Yo iba, pues, á Praga como iba á la cuerda el soldado siciliano ahorcado en París en tiempo de la liga: el confesor de los napolitanos trataba de ponerle el corazón en el vientre, dándole de beber, y le decía por el camino: *¡Allegramente, allegramente!* Así bogaban mis pensamientos mientras me arrastraban los caballos; pero cuando pensaba en la madre de Enrique V, me reconvenía á mí mismo por haberlos tenidos.

Las orillas del Rhin, huyendo al paso que avanzaba mi carruaje, me distraían agradablemente; cuando se mira un paisaje por una ventana, aunque se piense en otra cosa, penetra sin embargo, en el pensamiento un reflejo de la imagen que se tiene á la

vista. Rodábamos por praderas esmaltadas por las flores de mayo, y los bosques, los verjeles y las calles de árboles presentaban un verdor delicioso. En los campos se hallaban con sus dueños caballos, asnos y vacas, perros y carneros, pollos y pichones. El Rhin, río guerrero, parecía complacerse en medio de esta escena pastoril, como un viejo soldado que se aloja de paso en casa de unos labradores.

El día siguiente por la mañana, 18 de mayo, antes de llegar á Schaffouse, me hice conducir al salto del Rhin, y dejé de pensar algunos momentos en la caída de los reinos para instruirme con su imagen. Yo habría acabado de buena gana mis días en el castillejo que domina la cascada. Si yo hubiese colocado en el Niágara el sueño de Atala, no realizado aun; si hubiese encontrado en Tivoli otro sueño pasado ya en la tierra, ¿quién sabe si en el castillejo de la caída del Rhin no habría hallado una visión más bella, errante en otro tiempo á sus orillas, y que me hubiera consolado de todas las sombras que había perdido?

Desde Schaffouse continué mi camino por Ulm. Hay en el país muchas lagunas, cuyas orillas se hallan cultivadas, y en las que bañan sus pies montecillos cubiertos de árboles, y separados los unos de los otros. En este bosque que se aprovechaba entonces, se distinguían muchas encinas, derribadas unas, de pie otras; las primeras descortezadas en tierra, y sus troncos y sus ramas desnudas y blancas como el esqueleto de un animal extraño; las segundas cargadas de bellotas sus ramas, y llena de una pelusa negra la verde frescura de la primavera: ellas reunían, lo que no se ve jamás en el hombre, la doble belleza de la vejez y de la juventud.

En los plantíos de la llanura, los troncos arrancados dejaban hoyos vacíos, y el suelo se había convertido en pradera. Estos campos de césped, en medio de bosques sombríos, tienen algo de severo y risueño, y recuerdan las sabanas del Nuevo Mundo. Las cabañas tienen aun algo del aspecto suizo, y las chozas y las posadas se distinguen por su limpieza agradable que no se conoce en nuestro país.

Habiéndome detenido á comer en Moskirch entre las seis y las siete de la tarde, me asomé á la ventana de la posada á contemplar el paisaje: los rebaños bebían en una fuente, y una ternera saltaba y brincaba como un cabritillo. Donde quiera que se trata con dulzura á los animales, son alegres y se manifiestan contentos á la vista del hombre. En Alemania y en Inglaterra no se pega á los caballos ni se les maltrata con palabras; ellos mismos se colocan en las varas, parten y se detienen á la menor inflexión de la voz ó al más ligero movimiento de la brida. De todos los pueblos los franceses son los más inhumanos: nuestros postillones, para enganchar los caballos, les pegan golpes con los pies en las ancas y en los hijares, les dan con el mango del látigo en la cabeza; y les destrozan la boca con el freno para hacerles recular, acompañando todo esto con juramentos, gritos é insultos al pobre animal. A las bestias de carga se les hace que tiren ó lleven pesos superiores á sus fuerzas, y para obligarlas á andar se les rompe el cuero á latigazos: hemos heredado la ferocidad de los galos; solo que la ocultamos bajo la seda de nuestras medias y de nuestras corbatas.

Yo no era el único que contemplaba la naturaleza; las mujeres hacían otro tanto en las ventanas de sus casas. Al atravesar aldeas desconocidas me he preguntado muchas veces: *«¿Querrias vivir aquí?»* Y siempre me he respondido: *«¿Por qué no?»* Alguien me ha dicho, durante las locas horas de mi juventud, con el trovador Pedro Vidal:

Don n'ai mais d'un pauve cordo  
Que Na Raymbanda me do  
Quel reys Richarti ab. Poitiers  
Ni ad Tors ni ab Angieus.

«Yo soy más rico con una cinta que la bella Raimunda me dé, que el rey Ricardo con Poitiers, Tours y Angers.» Materia de sueños hay por todas partes; penas y placeres también: las mujeres de Moskirch que miraban al cielo ó mi silla de postas, que me miraban ó no miraban nada, ¿no tenían alegrías ó pesares, intereses de corazón, de fortuna, de familia, como se tienen en París? Yo habría profundizado mucho la historia de mis vecinas si la comida no se hubiese anunciado poéticamente al estallido de un trueno: era mucho ruido para tan poca cosa.

EL DANUBIO.—ULM.

19 de mayo de 1833.

A las diez de la noche volví á subir al carruaje, y me dormí al ruido que hacia la lluvia cayendo sobre la cubierta del birlocho. El sonido de la trompeta de mi postillon me despertó, y oí el ruido de un río que no veía. Nos hallábamos detenidos á las puertas de una ciudad: abriéronse aquellas, y procedieron á examinar mi pasaporte y mi equipaje: entramos en el vasto imperio de S. M. wurtemberguesa. Saludé en mi Memoria á la gran duquesa Elena, flor graciosa y delicada, encerrada ahora en los invernales del Volga. No concebí más que un solo día el valor de una posición elevada y de la fortuna, y fue en la fiesta que dí á la joven princesa de Rusia en los jardines de la quinta de Médicis. Allí conocí cuánto podían embriagar la magia del cielo, el encanto de los sitios, el prestigio de la belleza y del poder: figurábame ser á la vez Torcuato Tasso y Alfonso de Este, y valía yo más que el príncipe, menos que el poeta: Elena era más bella que Leonor. Representante yo del berebero de Francisco I y de Luis XIV, tuve el sueño de un rey de Francia.

No me registraron, bien que nada llevaba contra los derechos de los soberanos, yo que reconocía los de un joven monarca cuando los mismos soberanos habían dejado de reconocerlos. La vulgaridad y lo reciente de la aduana y del pasaporte contrastaban con la tempestad, la puerta gótica, el sonido de la trompeta y el ruido del torrente.

En vez de la castellana oprimida que me preparaba á libertar, encontré al salir de la ciudad un pobre anciano, el cual me pidió seis krentzer levantando con la mano izquierda una linterna á la altura de su cabeza cenicienta, alargando la mano derecha á Schwartz, sentado en el pescante, y abriendo su boca como un sollo cogido en el anzuelo; Bautista, enfermo y mojado, no pudo menos de reirse.

¿Qué torrente era ese que acababa yo de pasar? Preguntélo al postillon, quien me gritó: *«Donau»* (el Danubio). Otro río célebre, atravesado por mí sin saberlo, como había bajado al lecho de adelfas del Eurotas sin conocerlo. ¿De qué me ha servido beber de las aguas del Meschacebé, del Eridano, del Tiber, del Cefiso, del Hermus, del Jordan, del Nilo, del Bétis, del Tajo, del Ebro, del Rhin, del Sprée, del Sena y de otros cien ríos oscuros ó célebres? Los ignorados no me han dado su tranquilidad; los ilustres no me han comunicado su gloria; solo podrán decir que me han visto pasar como sus riberas ven pasar sus ondas.

Llegué bastante temprano el domingo 19 de mayo á Ulm, después de haber recorrido el teatro de las campañas de Moreau y de Bonaparte.

Jacinto, miembro de la legión de honor, llevaba su cinta, y esta condecoración nos atraía increíbles respetos. Como yo no llevaba en el ojal más que una florecita, según mi costumbre, pasaba antes de que se supiese mi nombre, por un ser misterioso; mis mamelucos, en el Cairo, querían que yo fuese de grado ó por fuerza un general de Napoleón disfrazado

de farragista erudito; no desistían ellos de su idea, y aguardaban á cada momento verme poner el Egipto en el cinturón de mi caftán.

Sin embargo, entre los pueblos cuyas aldeas hemos quemado y cuyas cosechas hemos devastado, es donde existen esos sentimientos. Yo gozaba de esa gloria; pero sino hubiésemos hecho mas que bien á la Alemania, nos echarían tanto de menos? ¡Inexplicable naturaleza humana!

Los males de la guerra han quedado olvidados: en el suelo de nuestras conquistas hemos dejado el fuego de la vida. Aquella masa inerte, puesta en movimiento, continúa fermentando, porque principia en ella la inteligencia. Al viajar uno hoy advierte que los pueblos velan con la maleta áuestas, y que, dispuestos á marchar, parecen aguardarnos para ponernos al frente de la columna. A cualquier francés le toman por el ayudante que trae la órden de marcha.

Ulm es una pequeña ciudad aseada, sin carácter particular: sus fortificaciones destruidas se han convertido en huertas y paseos, cosa que sucede á todas las fortificaciones. Su suerte tiene alguna analogía con la de los militares: el soldado hace el servicio de las armas en su juventud, y cuando queda inválido se dedica á hortelano.

Fui á ver la catedral, nave gótica de elevada torre. Los costados bajos se dividen en dos bóvedas estrechas sostenidas por una sola hilera de pilares, de modo que el edificio interior participa á la vez de la catedral y de la basílica.

El púlpito tiene por tornavoz un elegante campanario terminado en punta como una mitra: el interior de ese campanario se compone de un nodo, alrededor del cual corre una bóveda en forma de hélice de filigrana de piedra. Unas agujas simétricas que salen á la parte de afuera parecían haber sido destinadas para tener velas, las cuales iluminaban aquella tiara cuando el pontífice predicaba en los días de fiesta. En vez de sacerdotes que oficiasen, vi solo algunos pajarillos que revoloteaban en aquel ramaje de granito, celebrando la palabra que les dió voz y alas el quinto día de la creación.

La nave estaba desierta: á la cabecera de la iglesia dos grupos separados de mozos y mozas asistían á una plática.

La reforma, ya lo he dicho, hace mal en mostrarse en los monumentos católicos que ella ha invadido, porque aparece en ellos mezquina y vergonzosa. Aquellos elevados pórticos piden un clero numeroso, la pompa de las solemnidades, los cánticos, los cuadros, los ornamentos, los velos de seda, las colgaduras, los encajes, la plata, el oro, las lámparas, las flores y el incienso de los altares. Por mas que diga el protestantismo que ha vuelto al cristianismo primitivo, las iglesias góticas le responden que ha renegado de sus padres: los cristianos, arquitectos de aquellas maravillas, eran otros que los hijos de Lutero y de Calvino.

BLENHHEIM.—LUIS XIV.—SELVA HERNICIANA.—LOS BÁRBAROS.—NACIMIENTO DEL DANUBIO.

19 de mayo de 1835.

El 19 de mayo al medio día dejé á Ulm. En Dillingen faltaron caballos, y permanecí una hora en la calle Real, recreando mi vista en un nido de cigüeña situado sobre una chimenea como sobre un minarete de Atenas: una multitud de gilgueros habían hecho insolentemente sus nidos en el lecho de la pacífica reina del cuello largo. Debajo de la cigüeña, una dama que habitaba en el piso principal miraba á los transeúntes á la sombra de una celosía medio levantada, y debajo de la dama había un santo de madera en un nicho. El santo caerá precipitado de su nicho

en el suelo; la mujer de su ventana en la tumba: ¿y la cigüeña? volará de allí, y así concluirán los tres pisos.

Entre Dillingen y Donauwert se atraviesa el campo de batalla de Blenheim. Las pisadas de los ejércitos de Moreau sobre el mismo suelo no han borrado las de los ejércitos de Luis XIV: la derrota del gran rey domina en la comarca los triunfos del grande emperador.

El postillon que me conducía era de Blenheim: cuando llegó cerca de su aldea, tocó la trompeta: tal vez anunciaba su paso á la aldea á quien amaba, y esta se estremecía de placer en los mismos campos en que fueron hechos prisioneros veinte y siete batallones y doce escuadrones franceses y en donde el regimiento de Navarra, cuyo uniforme tuvo el honor de llevar, enterró sus estandartes al lúgubre sonido de las trompetas: estos son los lugares comunes de la sucesión de los tiempos. En 1798 la república arrancó de la iglesia de Blenheim los estandartes quitados á la monarquía en 1704: de ese modo vengaba al reino é inmortalaba al rey; echaba abajo la cabeza de Luis XVI; pero solo permitía á la Francia desgarrar la bandera blanca.

Nada hace conocer mejor la grandeza de Luis XIV que hallar su memoria hasta en los barrancos formados por el torrente de las victorias napoleónicas. Las conquistas de aquel monarca dejaron á nuestro país fronteras que todavía nos guardan. El alumno de Brienne, á quien la legitimidad dió una espada, encerró por un momento la Europa en su anticámara; pero muy luego se le marchó; el nieto de Enrique IV puso esa misma Europa á los piés de la Francia, y así permaneció. Esto no significa que compare á Napoleón con Luis XIV; hombres ambos de diversos destinos, pertenecen á siglos distintos, á naciones diferentes: el uno terminó una era; el otro inauguró un mundo. Puede decirse de Napoleón lo que dice Montaigne de César:—«Excuso á la victoria de no haberse podido desenredar de él.»

Las indignas colgaduras del palacio de Blenheim, que vi con Pelletier, representan al mariscal de Tallart quitándose el sombrero al duque de Marlborough, el cual está en actitud de Rodomont. No por eso dejó de ser Tallart el favorito del anciano Leon: prisionero en Londres, venció en el ánimo de la reina Ana á Marlborough, que le había derrotado en Blenheim, y murió siendo miembro de la Academia francesa. «Era, según Saint-Simon, hombre de mediana estatura, con ojos un poco envidiosos, dotado de mucho fuego y talento; pero atormentado siempre del diablo por su ambición.»

Voy haciendo historia en birlocho: ¿y por qué no? César la hacia en litera, y si él ganaba las batallas que escribía, yo no he perdido la de que hablo.

Entre Dillingen á Donauwert hay una rica llanura de desigual nivel, en donde están mezclados los sembrados de trigo con las praderas, y se acerca uno ó se aleja del Danubio, según las curvas del camino y las inflexiones del río. A esta altura las aguas del Danubio son todavía amarillas como las del Tíber.

Apenas se sale de una aldea, cuando se divisa ya otra: aquellos pueblos son aseados y risueños, y con frecuencia se ven frescos en las paredes de las casas. Conforme se acerca uno al Austria, se pronuncia cada vez mas un cierto carácter italiano: el habitante del Danubio no es ya el aldeano del Danubio.

«Una espesa barba cubria su rostro, y su velludo cuerpo representaba un oso, pero un oso mal configurado.

Falta aquí el cielo de Italia: el sol está bajo y blanco: aquellas aldeas, con tal profusión sembra-

das, no son esos pueblos de la Romanía que protegen las obras maestras de las artes ocultas debajo de ellos: con solo arañar la tierra, esta labor hace brotar, como una espiga de trigo, alguna maravilla del cincel antiguo.

En Donauwert sentí haber llegado demasiado tarde para gozar de una hermosa perspectiva del Danubio. El lunes 21 igual aspecto en el paisaje; pero el suelo no es tan bueno, y los aldeanos parecen mas pobres. Principianse á ver montes de pinos y colinas. La selva Herniciana llegaba hasta aquí; los árboles, cuya singular descripción nos dejó Plinio, fueron destruidos por generaciones sepultadas ahora con las añosas encinas.

Quando Trajano echó un puente sobre el Danubio, la Italia oyó por la vez primera el nombre tan fatal al mundo antiguo, el nombre de los godos. Abrióse el camino á hordas de salvajes que marcharon al saqueo de Roma. Los hunos y su Atila construyeron sus palacios de madera, á semejanza del Coliseo, á orillas del río rival del Rhin, y como este, enemigo del Tíber. Las hordas de Alarico pasaron el Danubio en 376 para derribar el imperio griego civilizado, en el mismo sitio en que lo atravesaron los rusos en 1828 con el designio de derribar el imperio bárbaro aseado sobre los escombros de la Grecia. ¿Habrá adivinado Trajano que al otro lado de los Alpes, en los confines del río que él habia casi descubierto, llegaría á establecerse un día una civilización de una especie nueva? El Danubio, que nace en la selva Negra, va á morir en el mar Negro. ¿En dónde se halla su principal manantial? En el patio de un baron alemán el cual emplea la mayada en lavar su ropa blanca. Habiendo querido un geógrafo negar el hecho, el noble propietario le puso pleito, y quedó decidido por sentencia que el manantial del Danubio estaba en el patio del expresado baron y no podia estar en otra parte. ¿Cuántos siglos se han necesitado para llegar de los errores de Tolomeo á esta importante verdad! Tácito hace descender al Danubio del monte Abnoba, *montis Abnoba*. Pero los barones hermonduros, que-ruscos, marcomanos y cuados, que son las autoridades en que se apoya el historiador romano, no eran tan entendidos como nuestro baron alemán. Eudoro no sabia tanto cuando le hacia yo viajar en las embocaduras del Ister, adonde el Euxino, según Racine, debia llevar á Mitridates en *dos días*. «Habiendo pasado el Ister junto á su embocadura, descubrí un sepulcro de piedra, sobre el cual crecía un laurel. Arranqué la yerba que cubria algunas letras latinas, y pronto pude leer este primer verso de las elegias de un poeta infortunado:

Libro mio irás á Roma é irás á Roma sin mí.

(Mártires.)

Al perder el Danubio su soledad ha visto reproducirse en sus riberas los males inseparables de la sociedad: pestes, hambres, incendios, saqueos de ciudades, guerras y esas divisiones que renacen sin cesar de las pasiones ó de los errores humanos.

«Ya hemos visto al Danubio inconstante, que unas veces católico y otras protestante, sirve á Roma y á Lutero con sus aguas, y que teniendo luego en nada al romano y al luterano, concluye su bagabundo curso por no ser cristiano siquiera.»

RATISBONA.—FÁBRICA DE EMPERADORES.—DISMINUCION DE LA VIDA SOCIAL CONFORME SE ALEJA UNO DE FRANCIA.—SENTIMIENTO RELIGIOSO DE LOS ALEMANES.

Después de Donauwert se encuentra á Burkheim y á Neubourg. Para almorzar me sirvieron en Inglostadt venado: es una lástima comer un animal tan

hermoso, siempre he leído con horror la descripción de la fiesta de la instalación de Jorge de Neville, arzobispo de York en 1466: asáronse en ella cuatrocientos cisnes, que cantaban en coro su himno fúnebre. También se hace mención en dicho banquete de doscientos cuatro gansos, y lo creo muy bien.

Regensburg, que llamamos nosotros *Ratisbona*, presenta al llegar por Donauwert un aspecto agradable. Daban las dos el 21 cuando me detuve delante de la casa de postas. Mientras que enganchaban, operación siempre larga en Alemania, entré en una iglesia inmediata, llamada la *Capilla vieja*, blanqueada y dorada de nuevo. Ocho ancianos sacerdotes negros, de cabellos blancos, cantaban las vísperas: en otro tiempo habia yo orado en una capilla de Tívoli por un hombre que estaba orando á mi lado: en una de las cisternas de Cartago habia ofrecido también mis oraciones á San Luis, muerto no lejos de Útica, mas filósofo que Catón, mas sincero que Anibal, mas piadoso que Eneas: en la capilla de Ratisbona tuve la idea de recomendar al cielo al joven rey á quien venia yo á buscar; pero temia demasiado la cólera de Dios para solicitar una corona, y supliqué al dispensador de toda gracia que concediese al huérfano la dicha y le diese el desden del poder.

De la Capilla vieja pasé á la catedral. Mas pequeña esta que la de Ulm, es mas religiosa y de mejor estilo. Sus vidrieras de colores, la cubren de esa oscuridad que tanto se presta al recogimiento. La capilla blanca convenia mejor á mis votos por la memoria de Enrique: la sombría basílica me conmovió todo por mi antiguo rey Carlos.

Poco me importaba el edificio donde se elegia en otro tiempo á los emperadores, lo cual prueba al menos que habia soberanos electivos, y hasta soberanos á quienes se juzgaba. La cláusula 18 del testamento de Carlomagno dice: «Si algunos de nuestros nietos, nacidos ó por nacer, son acusados, mandamos que no se les rape la cabeza, que no se les saque los ojos, que no se les corte miembro ninguno, ni se les condene á muerte sin buena discusión y sin exámen.» No recuerdo que emperador de Alemania depuesto reclamó solo la soberanía de un viñedo que merecía su predilección.

En Ratisbona, fábrica en otro tiempo de soberanos, se acuñaaban emperadores, á veces de baja ley: este comercio se ha perdido: una batalla de Bonaparte y el príncipe primado, servil cortesano de nuestro universal gendarme, no han resucitado la ciudad que se moria. Los regemburgueses, vestidos y rollizos como el pueblo de París, no tienen fisonomía ninguna particular. La ciudad, por falta de un número bastante crecido de habitantes, es melancólica: la yerba y el cardo se apoderan de sus barrios, y no tardarán en levantar plumas y sus lanzas sobre sus torreones. Kepler, que hizo girar á la tierra lo mismo que Copérnico, reposa para siempre en Ratisbona.

Salimos al puente del camino de Praga, puente muy elogiado y muy feo. Al dejar el lecho del Danubio se principia á subir escarpaduras. Kirn, primera parada, está situado sobre una áspera cuesta, desde cuya altura, y al través de nubes acuosas, descubrí colinas melancólicas y pálidos valles. La fisonomía de los aldeanos cambia: los muchachos amarillos y abotagados tienen el aire enfermizo.

De Kirn á Waldmünchen aumenta la indigencia de la naturaleza: apenas se ven ya aldeas, y solo se encuentran cabañas hechas de troncos de abeto unidos con una argamasa de tierra como en las gargantas mas estériles de los Alpes.

La Francia es el corazon de la Europa: á medida que uno se aleja de ella disminuye la vida social, y puede juzgarse de la distancia á que se halla uno de

Paris por la mayor ó menor languidez del país adonde se retira. En España é Italia la disminucion del movimiento y la progresion de la muerte son menos sensibles: en el primer país llaman la atencion otro pueblo, otro mundo, los árabes cristianos: en el segundo, el encanto del clima y de las artes, la seducion de los amores y de las ruinas, no dejan tiempo para aburrirse. Pero en Inglaterra, á pesar de la perfeccion física, y en Alemania, á pesar de la moralidad de los habitantes, se siente uno desfallecer. En Austria y en Prusia pesa el yugo militar sobre las ideas de uno como el cielo sin luz sobre vuestra cabeza: no sé qué cosa hay que advierte que no se puede escribir, hablar ni pensar con independencia; que es preciso segregar de la existencia toda la parte noble, y dejar ociosa la primera facultad del hombre, como un don inútil de la divinidad. Como las artes y la belleza de la naturaleza no vienen á engañar las horas de uno, no queda mas recurso que sumergirse en una torpe disipacion ó entregarse á esas verdades especulativas con que se contentan los alemanes. Para un francés, ó al menos para mí, ese modo de existir es imposible; sin dignidad no comprendo la vida, que hasta es difícil comprender con todas las seducciones de la libertad, de la gloria y de la juventud.

Sin embargo, una cosa me encanta en el pueblo alemán: el sentimiento religioso. Si no estuviere demasiado cansado, dejaria la posada de Nittenau, donde hago los apuntes de este diario, é iria á la oracion de la tarde con esos hombres, esas mujeres y esos niños á quienes llama á la iglesia el tañido de una campana. Aquella muchedumbre, viéndome de rodillas en medio de ella, me acogeria en virtud de la union de una fe comun. ¿Cuándo llegará el día en que unos filósofos en su templo bendigan á un filósofo que llegue por la posta, y ofrezcan con ese extranjero una oracion semejante á un Dios acerca del cual están discordes todos los filósofos? El rosario del cura es mas seguro, y á él me atengo.

LLEGADA Á WALDMUNCHEN. — ADUANA AUSTRIACA. — PROHIBICION DE ENTRAR EN BOHEMIA. — PERMANENCIA EN WALDMUNCHEN. — CARTAS AL CONDE DE CHOTEK. — INQUIETUDES. — EL VIÁTICO.

21 de mayo.

Waldmunchen, adonde llegué el martes 21 de mayo por la mañana, es la última aldea de Baviera por este lado de Bohemia. Felicitábame de hallarme en disposicion de cumplir prontamente mi mision: estaba solo á cincuenta leguas de Praga. Sumergime en el agua helada, y me arreglé, mirándome en una fuente, como un embajador que se prepara para una entrada triunfal. Partí, y á una media legua de Waldmunchen me acerqué con la mayor seguridad á la aduana austriaca. Una barrera bajada cerraba el camino, y bajé con Jacinto, en cuyo pecho resplandecia la cinta encarnada. Un jóven aduanero, armado con un fusil, nos condujo á una sala en forma de boveda de un piso bajo de una casa. Allí estaba sentado á su mesa, como si fuese en un tribunal, un grueso y anciano gefe de aduaneros alemanes, cabellos rojos, bigotes rojos, cejas espesas formando sesgo sobre dos ojos verduscos medio abiertos, aire maligno, mezcla del espia de policia de Viena y del contrabandista de Bohemia.

Tomó nuestros pasaportes sin hablar palabra, y el jóven aduanero me acercó tímidamente una silla, mientras que el gefe, ante el cual parecia temblar, examinaba los pasaportes. No me senté, y me acerqué á ver unas pistolas colgadas á la pared y una carabina colocada en un rincon de la pieza, la cual me recordó el fusil con que el agá del istmo de Corinto disparó contra el aldeano griego. Despues de cinco

minutos de silencio, el austriaco ladró dos ó tres palabras, que mi basileo tradujo así:

—No pasareis.

—¿Y por qué no?

Aquí principiaron las explicaciones.

—No estan vuestras señas en el pasaporte.

—Mi pasaporte es un pasaporte del ministerio de Negocios Extranjeros.

—Vuestro pasaporte es antiguo.

—No tiene un año de fecha, y es válido legalmente.

—No está visado por la embajada austriaca en Paris.

—Os equivocais, que sí lo está.

—Le falta el sello en seco.

—Será olvido de la embajada: además, ahí está el visto bueno de las demás legaciones extranjeras. He cruzado el canton de Basilea, el gran ducado de Baden, el reino de Wurtemberg, toda la Baviera, y nadie me ha puesto el menor obstáculo. Con solo declarar mi nombre, ni siquiera han desdoblado mi pasaporte.

—¿Teneis algun carácter público?

—He sido ministro en Francia, y embajador de S. M. C. en Berlin, Lóndres y Roma. Soy conocido personalmente de vuestro soberano y del príncipe de Metternich.

—No pasareis.

—¿Quereis que preste fianza? ¿Quereis darme un guarda que responda de mí?

—No pasareis.

—¿Y si enviara un propio al gobierno de Bohemia?

—Haced como gustéis.

Fáltome la paciencia, y principié á dar al aduanero á todos los diablos. Embajador de un rey sobre su trono, poco me hubiera importado perder algunas horas; pero embajador de una princesa aprisionada, me creia infiel con la desgracia, traidor con mi soberana cautiva.

El hombre escribia, y el basileo no traducia mi monólogo; pero hay palabras francesas que nuestros soldados han enseñado al Austria, y que esta no ha olvidado. Díjele al intérprete: —«Espícale que me dirijo á Praga para ofrecer mis homenajes al rey de Francia.» El aduanero sin interrumpir lo que estaba escribiendo, replicó: —«Carlos X no es para el Austria el rey de Francia.» Yo repuse: —«Lo es para mí.» Estas palabras lanzadas al canchero parecieron causarle algun efecto, y me miró oblicuamente y por lo bajo. Creí que su larga apuntes seria al fin un visto bueno favorable: él por su parte, despues de hacer otros cuantos garabatos en el pasaporte de Jacinto, lo pasó todo al intérprete. Sucedió que el visto bueno era una explicacion de los motivos que no le permitian dejarme continuar mi camino; de suerte que no solo me era imposible ir á Praga, sino que mi pasaporte estaba tachado de falso para los demás puntos en que pudiera presentarme. Volvíme al carruaje, y le dije al postillon: —«A Waldmunchen.»

Mi regreso no sorprendió al dueño de la posada, el cual hablaba algo el francés, y me refirió que lo mismo habia sucedido á otros extranjeros, los cuales se habian visto obligados á detenerse en Waldmunchen y enviar sus pasaportes para ser visados en Munich por la legacion austriaca. Mi posadero, muy buen hombre y administrador de correos, se encargó de transmitir al gran burgrave de Bohemia la carta, cuya copia va á continuacion:

«Waldmunchen 21 de mayo de 1855.

»Señor gobernador: Teniendo el honor de ser conocido personalmente de S. M. el emperador de Austria y del príncipe de Metternich, habia creído que

podia viajar por los Estados austriacos con un pasaporte que, no contando aun un año de fecha, era todavía válido legalmente, y se hallaba además visado por el embajador de Austria en Paris para Suiza é Italia. En efecto, señor conde; he cruzado la Alemania, y mi nombre ha bastado para que me dejasen pasar. Esta mañana, sin embargo, el gefe de la aduana austriaca de Haselbach no se ha creído autorizado para concederme el pase, por los motivos enunciados en su anotacion en mi pasaporte, que va adjunto, y en el de Mr. Pilorge, mi secretario, y me ha obligado, con gran pesar mio, á retroceder á Waldmunchen en donde espero vuestras órdenes. Me atrevo á esperar, señor conde, que tendreis á bien remover la pequeña dificultad que me detiene, enviándome por el propio que tengo el honor de expediros el permiso necesario para ir á Praga, y desde allí á Viena.

»Soy con la mayor consideracion, señor gobernador, vuestro muy humilde y obediente servidor.

»CHATEAUBRIAND.

»Perdonad, señor conde, la libertad que me tomo de enviar adjunto un billete abierto para el duque de Blacas.»

Un poco de orgullo se trasluce en esta carta, porque me sentia lastimado. Véame tan humillado como Ciceron cuando, al volver en triunfo de su gobierno de Asia, le preguntaron sus amigos si venia de Bayas ó de Tusculano. Pues qué, ¡mi nombre, que volaba de un polo al otro, no habia llegado á oídos de un aduanero en las montañas de Haselbach! Cosa tanto mas cruel, cuanto que se han visto mis triunfos en Basilea. En Baviera habia sido yo saludado con el título de monseñor ó de excelencia; y un oficial bávaro decia en voz alta en Waldmunchen que mi nombre no necesitaba del visto bueno de un embajador de Austria. Confieso que estos consuelos eran grandes; pero siempre dominaba una triste verdad, y es que existia sobre la tierra un hombre que nunca habia oído hablar de mí.

¿Quién sabe, no obstante, si el aduanero de Haselbach me conocia! Las policias de todos los países están enlazadas tan intimamente! Un hombre político, que no aprueba ni admira los tratados de Viena; un francés, que quiere el honor y la libertad de la Francia, pudiera muy bien estar anotado en el Index de Viena. ¡Qué noble venganza la de proceder con Mr. de Chateaubriand como con uno de esos comisionistas, tan sospechosos á los espías! ¡Qué dulce satisfaccion la de tratar como á un vagabundo cuyos papeles no están en regla á un enviado encargado de llevar traidoramente á un niño desterrado los adioses de su madre cautiva!

El propio partió de Waldmunchen el 21 á las once de la mañana, y calculé que podia estar de vuelta á los dos días, el 23, de doce á cuatro; pero mi imaginacion no descansaba. ¿Qué iba á ser de mi mensaje? Si el gobernador es hombre firme y que sepa vivir, me enviará el permiso; si es tímido y sin talento, me responderá que no estando mi peticion en sus atribuciones, se habia apresurado á consultar á Viena. Este pequeño incidente puede agrandar y desagradar á la vez al príncipe de Metternich. Sé cuánto teme á los periódicos, y le he visto en Verona abandonar los asuntos mas importantes y encerrarse azorado con Mr. de Gentz para redactar un artículo en contestacion á *El Constitucional* y á *los Debates*. ¿Cuántos días trascurrirán hasta la trasmision de las órdenes del ministro imperial?

Por otra parte, ¿tendrá Mr. de Blacas un placer en verme en Praga? ¿No creará Mr. de Damas que voy á destronarle? ¿No dará ningun cuidado al cardenal de Latil? ¿No se aprovechará el triunvirato del

accidente ecurrido para hacerme cerrar las puertas en vez de hacérmelas abrir? Nada mas fácil: basta una palabra dicha al gobernador al oído, palabra que ignoraré toda mi vida. ¿En qué inquietud no estarán mis amigos de Paris? Cuando se trasluzca la aventura ¿qué ruido no meterán las gacetas? ¿Qué extravagancias no harán correr?

¿Y si el gran burgrave no tiene por conveniente contestar? ¿Y si está ausente y nadie se atreve á reemplazarle? ¿Qué será de mí sin pasaporte? ¿Dónde podré hacerme reconocer? ¿En Munich? ¿En Viena? ¿Qué maestro de postas me facilitará caballos? Estaré de hecho preso en Waldmunchen.

Ya pensaba en los dragones que me iban á fusilar, y en mi alejamiento de todo cuanto me era querido. Me queda demasiado poco tiempo que vivir para perder ese poco. Horacio dijo: *Carpe diem* (coge el día): consejo del placer á los veinte años, de la razon á mi edad.

Cansado de rumiar todos los casos en mi cabeza, oi el ruido de mucha gente por fuera: mi posada estaba en la plaza de la aldea: me asomé á la ventana; y vi á un cura que llevaba los últimos sacramentos á un moribundo. ¿Qué le importaban á ese moribundo los asuntos de los reyes, de sus servidores y del mundo? Todos abandonaban lo que estaban haciendo y se iban en seguimiento del cura: jóvenes, ancianas, niños, madres con sus criaturas en brazos, repetian las oraciones de los agonizantes. Cuando el cura llegó á la puerta del enfermo, dió la bendicion con el santo Viático. Los asistentes se hincaron de rodillas haciendo la señal de la cruz y bajando la cabeza. El pasaporte para la eternidad no será desconocido por el que distribuye el pan y da albergue al viajero.

CAPILLA. — MI CUARTO EN LA POSADA. — DESCRIPCION DE WALDMUNCHEN.

Aunque habia estado siete dias sin acostarme, no pude quedarme en casa: no era mas de la una. Al salir de la aldea por el lado de Ratisbona, vi á la derecha, en medio de un campo de trigo, una capilla blanca, y dirigí á ella mis pasos. Estaba cerrada la puerta, y á través de una ventana se divisaba un altar con una cruz. Sobre el arquitrabe se hallaba escrita la fecha de la construccion, 1830: derribábase una monarquia en Paris y se erigia una capilla en Waldmunchen. Las tres generaciones desterradas debian venir á habitar un destierro á cincuenta leguas del nuevo asilo consagrado al rey crucificado. Millones de acontecimientos se consuman a la vez: ¿qué le importa al negro dormido bajo una palmera á orillas del Níger el blanco que cae en el mismo instante herido del puñal en las riberas del Tiber? ¿Qué le importa al que llora en Asia el que rie en Europa? ¿Qué le importaba al albañil que construia aquella capilla, al sacerdote bábaro que exaltaba aquel crucifijo en 1830, el demoleedor de Saint-Germain l'Auxerrois, el destructor de cruces en 1831? Los sucesos solo tienen que ver con los que en ellos sufren ó los que de ellos se aprovechan, y nada son para los que los ignoran, ó para aquellos á quienes no alcanzan. Una raza de pastores en los Abruzzos habrá visto pasar, sin bajar de la montaña, los cartagineses, los romanos, los godos, las generaciones de la edad media y los hombres de la época actual. Esa raza no se ha mezclado á los habitantes sucesivos del valle, y solo la religion ha subido hasta ella.

De vuelta á la posada me arrojé sobre dos sillas con la esperanza de dormir; pero fue en vano; el movimiento de mi imaginacion era mas fuerte que mi cansancio. Yo no podia olvidar mi despacho, y la comida nada hizo adelantar al asunto. Acostéme en medio del rumor de los rebaños, que volvia del campo. A las diez otro ruido: el sereno cantó la hora: ladraron cin-